

# incunable

COLEGIOS MAYORES SACERDOTALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA  
Número 13 - Octubre 1949 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3

JULIO-SEPTIEMBRE

## Agrupaciones Sacerdotales

Por BALDOMERO JIMENEZ

Hablo estrictamente del clero diocesano. Y entiendo por clero diocesano aquel que en el fuero externo no tiene más superior que el Obispo diocesano (y, naturalmente, el Padre Santo en Roma). Preseñido del apelativo de clero secular, que tiene jurídicamente un sentido más amplio.

El clero diocesano tiene una dificultad para desenvolver su vida sacerdotal, santa en sí misma y apostólica cien por cien para los fieles, que entraña en sí todas las demás dificultades: la soledad. ¡Es un clamoreo universal! Y esto a pesar de los esfuerzos de la madre Iglesia por tratar de romperla. Pero es que en total, perfectamente, en todos los casos, nunca se la podrá satisfactoriamente resolver. La vida en común sería la fórmula completa, esa vida en común que el canon 134 recomienda y alaba y que el clero yanqui en parte ha logrado vivir. Fórmula que es imposible aplicar, sin embargo, en cientos de casos. El sacerdote tiene que vivir muchas veces inevitablemente aislado, en su puesto de vanguardia, en su parapeto difícil, donde sólo cabe uno; en su pobre parroquia, perdida en la lejanía... Preseñido en estas notas del misionero entre infieles, regular o secular, que es caso típico también y asimilable al nuestro.

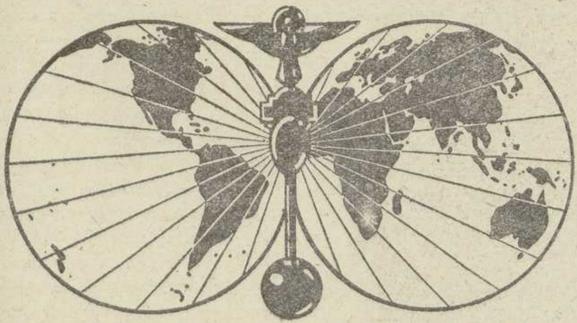
Aparte del orden monástico, independiente en sí mismo del clero, ya la Edad Antigua, y más todavía

después la Edad Media, conocieron en seguida el clero regular y el clero secular. Este último, repetimos, ni histórica ni jurídicamente coincide nunca con el diocesano, aunque sean modernamente de hecho lo mismo por lo ordinario. Los "clérigos regulares" de la hora del Renacimiento dejaron intacto y sin resolver el problema del clero diocesano, aunque para el mismo clero diocesano resultasen beneficiosas por muchas razones aquellas instituciones clericales nuevas. Ensayos más penetrantes se intentaron después: el grupo sin organización de discípulos del beato Avila; reglamentados ya, los oblatos de San Ambrosio, de San Carlos Borromeo; varias de las obras francesas del siglo XVII, en especial la que abre marcha y tiene quizá ambiciones en este sentido más precisas: el oratorio de Jesús del Cardenal Berulle; nada digamos de las congregaciones y sociedades clericales modernas, pero interdiocesanas, que vinieron después. El intento del venerable Bartolomé Holzhauser (años 1613-1568) fué significativo a este respecto, pero fracasó: sacerdotes diocesanos con vida común y unidos entre sí. Como las obras que después de la Revolución francesa quisieron agrupar a los sacerdotes de las diócesis luego de la tormenta (Clorivière, etc.).

En un plan más modesto, pero empujadas por el mismo afán, sur-

(Continúa en segunda página)

## LEGION DE MARIA



La Legión de María nació en Mira House, en el cuarto piso de la Casa de Obras Católicas, situada en uno de los barrios pobres de Dublín. Fué el 7 de septiembre de 1921.

En Myra House tenían su sede las Conferencias de San Vicente de Paúl y la tan conocida y popular obra irlandesa de la Templanza, Pioneer Temperance Association. Tales obras dieron los primeros elementos para la Legión de María.

En una de aquellas reuniones de la Casa Myra, un grupo de señoritas quedó impresionada por el relato de una visita que dos socios de las Conferencias habían hecho al Asilo de Pobres de Dublín y al Hospital de Mujeres.

—¿No podríamos—dijeron dos de las asistentes—tomar también nosotras parte en tales visitas, sobre todo en el Hospital de Mujeres?

—¿Cuántas son ustedes?  
Era el momento en que se servía el té. Entre el ruido de las tazas, las dos intrépidas señoritas fueron buscando compañeras.

—Podemos contar con seis.

—No es mal número para empezar. Avisen a una reunión para el miércoles próximo, a las ocho de la noche.

Todos recibieron la consigna de propagar la idea y anunciar la futura reunión.

Llegó la tarde del miércoles y la asamblea se reunió. Eran quince señoras con el P. Toher. Al entrar en la habitación del piso cuarto, en que se celebraría la junta, sobre la mesa, generalmente lisa, se encontraba adornada de la misma manera que hoy se usa para una reunión de "Praesidium". Estaban puestos mantel blanco y la imagen de la Milagrosa, con los brazos abiertos. Dos jarrones con flores y dos candelabros con velas. Falta aún el "vexillum", pero estaba montado el altar de la Legión. La reina esperaba a sus soldados.

No se sabe quién arregló la mesa de aquella manera. Se empezó rezando la tablilla de oraciones de San Vicente de Paúl. Se rezó la invocación al Espíritu Santo y una parte del rosario. Hubo luego una lectura espiritual. Y empezó la comunicación.

(Continúa en segunda página)

### EDITORIAL

## QUEREMOS "JALEO"

Nuestro corresponsal en Washington—porque INCUNABLE lo tiene, aunque por "corresponder" él tan poco parezca mentira—escribía no ha mucho, disculpándose de su silencio: "No escribo—decía a nuestro director—porque acaso lo que yo diría no estaría de acuerdo con lo que tú piensas." Quitando lo que de cómoda pereza pueda haber en la disculpa, siempre quedará en pie un concepto de nuestro INCUNABLE totalmente falso. ¡Pero si lo que buscamos es eso: el contraste de opiniones, la diversidad de puntos de vista, el intercambio de ideas no totalmente uniformes!... La contestación que en este número aparece a algo que, de una manera un tanto singular, se publicó en el anterior no es en nuestra mente un episodio aislado, sino un símbolo de que siendo INCUNABLE de todos, a todos está abierto.

¿Por qué?  
Pues porque queremos un periódico vivo. No un fósil más enterrado en las folias que la actual abundancia de producción intelectual va acumulando. Y el monólogo de una redacción que va vertiendo sus propias ideas sobre los pobres lectores es imposible que consiga mantener esa vida. Sin interlocutores, el tono decae. Fatalmente. Y sube, y se hace más pertrante, y se enriquece cuando esos interlocutores no hablan por compromiso, con el gesto apagado del que argumenta "de oficio", sino que sienten lo que dicen porque "les sale de dentro".

Además, esa labor de amable contracción, ¿no es un buen ejercicio de la reina de las virtudes, la caridad? Al menos en el catecismo que nosotros estudiamos una de las obras de misericordia era "corregir al que yerra". Y si todos los que escriben en INCUNABLE han de estar sujetos a un posible error, todos los que lo lean y se den cuenta de él tendrán ocasión de ejercitar su misericordia.

Por otra parte, ya lo hemos dicho otras veces, nuestro más vivo deseo es ensanchar más y más el cuadro de colaboradores. Que estas páginas sean punto de cita de mil plumas sacerdotales, reunidas de todos los puntos del horizonte... Pero no a todos les ocurrirá espontáneamente algo que escribir. ¡Y es tan fácil, en cambio, aprobar o reprobar lo que otro ha escrito!

No le demos más vueltas. Somos así. En todo cuanto Nuestro Señor y su Iglesia abandonaron a las disputas de los hombres queremos que haya libertad para ellas. Justa, moderada, enderezada a la edificación y no a la destrucción, impregnada de caridad verdadera... Reprobamos la aspereza y acidez de las disputas del siglo XVIII. Pero no aspiramos a un dogmatismo uniformista, huero y estéril.

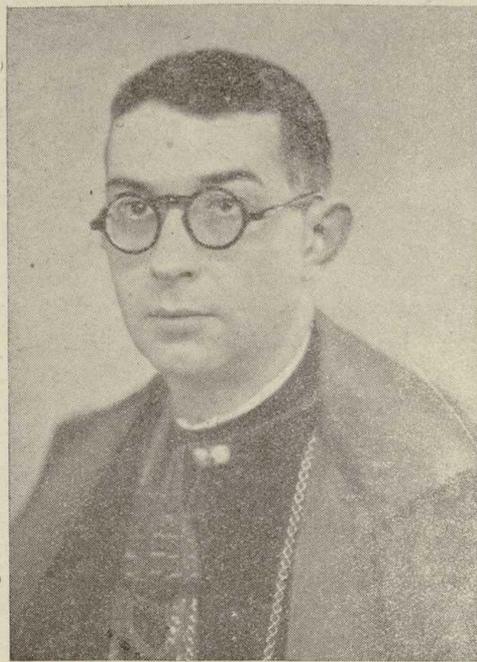
Así que queda bien claro: queremos "jaleo". Que sea vida, caridad, inquietud y ansia de verdad. Más que las alabanzas amamos las críticas.

Hermanos que nos leáis y no estáis conformes: ¡Venid a decirlo a nuestras propias páginas!

INCUNABLE

El Excmo. Sr. Obispo de Solsona habla para los lectores de INCUNABLE

## Urge acometer la obra Sacerdotal del Postseminario



Nos hemos acercado al señor Obispo de Solsona, con la ilusión de recoger algo de su intensa experiencia en el trato íntimo y amistoso con los sacerdotes. Y vimos nuestra ilusión cumplida. El doctor Enrique Tarancón es hombre joven, dinámico, emprendedor, optimista; inteligencia aguda y corazón amplio, ha sabido dar una orientación santamente moderna al apostolado en todas sus dimensiones, con soluciones prácticas y concretas en cada caso. Y lo más característico de todo, y digno de tenerse en cuenta, es la manera de realizarlo. Su máxima preocupación la constituyen los sacerdotes, desde su formación en el Seminario hasta su actuación en las parroquias. De ahí, a todos los campos del apostolado.

Sabíamos de sus hermosas pastorales a los sacerdotes, que se leen con avidez, de su visita personal a cada uno de ellos, de los Ejercicios que anualmente dirige y de los retiros organizados por zonas que él preside; pero desconocíamos los resultados de estos esfuerzos. Hoy bien puede decirse que la diócesis de Solsona cuenta con un compacto cuerpo de ejército, puesto en orden de batalla, y con ilusión avivada por los primeros resultados ya consoladores. Prueba de lo que puede realizar un clero unido a su Prelado y entre sí con una santa amistad sacerdotal.

Desde estas páginas de INCUNABLE agradecemos al excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Solsona la amabilidad con que nos recibió y fué contestando a nuestras preguntas, mientras pretendemos volver en estas páginas algunas de las ideas recogidas, por creerlas sumamente útiles y alentadoras para los lectores, que sienten en su alma el ardor incontentido de la nueva generación sacerdotal.

—¿Qué piensa V. E. sobre la inquietud del clero joven por el llamado "problema sacerdotal"?

—Las circunstancias actuales obligan a los sacerdotes a vivir plenamente su sacerdocio. La escasez de sacerdotes, por una parte, y las necesidades más apremiantes del mundo actual, por otra, han hecho nacer inquietudes y anhelos sacerdotales que antes no se sentían con tanta intensidad. Si a esto se añade la evolución que se operado en nuestros Seminarios merced a las orientaciones de Roma y a las preocupaciones de los Obispos por la exquisita formación del clero, se explica fácilmente esa inquietud que se refleja en la nueva generación de sacerdotes con respecto al problema sacerdotal.

—¿Cuáles son las características más destacadas del mismo?

—El sacerdote no puede limitarse en nuestros días a desarrollar una labor puramente ministerial. Hay muchos problemas que reclaman su intervención y su orientación. La gran masa del pueblo, que aun siendo fundamentalmente cristiana, vive en un ambiente pagano, reclama y exige del sacerdote una actuación decidida e inteligente que sea capaz de

encauzar los deseos y las exigencias del mundo actual. Para intervenir eficazmente en la solución de estos problemas que apasionan a los hombres y para infiltrar el espíritu del Evangelio en ese ambiente pagano, el sacerdote tiene necesidad de perfeccionar continuamente su formación y de cantar las inquietudes y los anhelos del hombre moderno; tiene necesidad de mantener en tensión su espíritu y su celo sacerdotales; tiene necesidad de estrechar su unión con sus hermanos en el sacerdocio, unificando criterios y actuaciones, ya que su actuación individual se haría ineficaz. Por eso esa inquietud del clero se manifiesta en un deseo de mayor perfección y de una formación más adecuada y exquisita y en un deseo de estrechar los vínculos con

sus hermanos sacerdotes, y por eso van surgiendo en muchas partes grupos de sacerdotes que aspiran a conseguir los fines por medio de reuniones periódicas y de colaboración mutua en un plan formativo y apostólico.

—¿Qué repercusiones tiene tanto en la vida del sacerdote como en su proyección apostólica?

—Esa inquietud es una señal evidente del buen espíritu que anima a nuestros sacerdotes y de la buena orientación que se da actualmente a nuestros Seminarios. Ella es, al propio tiempo, la mejor defensa contra la vulgaridad y contra el rutinarismo en que han caído algunos sacerdotes que ofrecían magníficas esperanzas al salir del Seminario, pero que se dejaron vencer por el medio ambiente sacerdotal, muy explicable por cierto, cuando se hacía consistir la labor del sacerdote exclusivamente en el desempeño de sus tareas ministeriales. No se consideraba precisa la actuación sacerdotal en otros campos de las actividades humanas.

—¿Cómo remediar la soledad, el aislamiento del sacerdote en todas sus dimensiones?

—Este es, a nuestro juicio, el nudo de la cuestión y el aspecto más acuciante del problema sacerdotal. La solución, además, resulta difícil. La vida en comunidad, que sería la solución mejor, no puede aplicarse en la mayoría de los casos. Hay sacerdotes que han de vivir solos en sus parroquias. Otros que, aun viviendo en parroquias donde residen varios sacerdotes, encontrarán dificultades casi invencibles para la vida de comunidad. Para algunos grupos de sacerdotes podría ser ésta una magnífica solución, pero no lo será para la mayoría de ellos. En la carta pastoral "La soledad del sacerdote", en la que quisimos ofrecer a nuestros sacerdotes una solución para este problema, proponíamos como medios para conseguirlo las reuniones periódicas, a ser posible semanales, en plan íntimo y con una orientación formativa y apostólica, la colaboración mutua en las actividades de apostolado y la amistad sacerdotal, que podría llegar hasta la dirección espiritual mutua entre los sacerdotes.

—¿Qué parte corresponde al Seminario en este movimiento? Puesto que, gracias a Dios, los seminaristas españoles llevan un sistema de progresión ascendente muy consolador, ¿no convendría acometer la empresa del postseminario para completar la obra?

—Creemos sinceramente que el problema no tiene franca solución si no es a base del Seminario. "El Seminario no será el corazón de la diócesis", según feliz expresión de Benedicto XV, escribíamos en otra parte, si se limita a atender a los sacerdotes durante sus años de formación y los abandona cuando más necesitan del impulso del corazón que les aliente y vivifique, que es cuando en pleno ministerio sacerdotal encuentran mayores peligros para mantener su espíritu y pueden desalentarse fácilmente y aun

(Continúa en segunda página)